



El tejo rojo

Carlitos y Claus



KEKA COLMENERO

 DYLAR

10



Se acabaron las vacaciones

Ya se han acabado las vacaciones y ha empezado el cole otra vez. Una verdadera lata. Ya echo de menos la piscina, los helados, la playa y no tener que hacer deberes.

Bueno, es que a mí no me gustan mucho los deberes, pero, ¡a quién le gustan, verdad!

Nuestra profe nos pone muchos y, a veces, no me da tiempo a hacerlos todos en casa. Bueno, la verdad es que no entiendo muy bien lo que quiere que hagamos en esas fichas que nos manda y me hago un poco el remolón para no hacerlo.

Mi madre se pone muy nerviosa cuando no quiero hacerlos.

—Carlitos, te he dicho mil veces que te sientes en tu mesa y hagas los deberes.

Esa es la frase que más repite mi madre. Bueno, que repetía, porque desde mi gran aventura, todo cambió.

Pero os lo contaré más adelante.

Este año me he propuesto hacer yo solito todos los deberes sin que mi madre me lo diga ni una sola vez, a ver si lo consigo.

Yo de verdad que intento hacer los deberes. Mirad lo que hago: yo me siento en mi mesa, saco la ficha y leo lo que pone. No me entero muy bien así que lo leo otra vez. Nada. Ni idea de lo que tengo que hacer.

Que lío de ficha. Pienso. Y, claro, pues me distraigo y enseguida me viene a la cabeza la tarde tan divertida que pasé con Pablo y los toques que conseguimos dar al balón.

Pablo es mi mejor amigo. Los dos estamos en el mismo colegio, pero en distinta clase y vivimos en la misma urbanización. Quedamos por las tardes para jugar y bajamos las bicicletas, los patines y sobre todo,



el balón. El otro día ganamos 5 a 0 a los niños de la otra *urba*.

En verano jugábamos mucho, pero ahora ya ha empezado el cole otra vez y tengo que estudiar.

Ya estamos en tercero y mi cole, la verdad, es un poco raro. No me acuerdo de cómo lo llama mi madre cuando habla con sus amigas, pero para que me entendáis, hablan mucho en inglés. Hay muchos carteles en inglés y, si os digo la verdad, no entiendo la mayoría. Y vienen unas profes muy simpáticas que dicen que son de otros países.

¡Ah, ya me acuerdo! Mi colegio es un Colegio Bilingüe. Vamos, que se habla inglés y español. Mi madre me ha dicho que es muy importante aprender inglés para mi futuro.

Bueno, no os creáis, yo sé hablar en inglés, ¡eh! Y me sé un montón de palabras. Me sé los números, los colores, pero, ¿sabéis lo que no consigo decir?, lo del cuarto de baño. Eso no hay manera. Cuando queremos ir al baño tengo que decirlo en inglés —a lo mejor estas profes de otros países

no lo entienden en español— pero yo no entiendo por qué no puedo decirlo en mi idioma. Será porque tengo que aprenderlo para el futuro, como dice mi madre.

Como ya os he dicho, el año pasado, en segundo, viví una gran aventura. Antes de contaros lo que me pasó, os voy a confesar una cosa.

Tenía un pequeño problema en clase.

No sé por qué, pero no era capaz de hablar en clase delante de todos mis compañeros. La verdad es que, a veces, no entendía muy bien lo que decía la profe y no sabía qué quería que le respondiera. Y entonces me agobiaba un poco y me ponía colorado como un tomate.

La frase que más me repite mi profe es:
—Carlitos, estás en Babia.

No sé muy bien qué será eso de Babia. Yo desde luego nunca he estado allí.

¡A los mayores no hay quien los entienda!

Antes de mi aventura, no estaba muy seguro de si alguna vez hacía algo bien.

Creía que todo me salía regular. Por eso no me atrevía a levantar la mano. Nunca levantaba la mano cuando preguntaba la *profe* Mayte. Yo pensaba que mis compañeros sabían más cosas que yo, pero descubrí que todos somos buenos en algo y, a todos, nos queda mucho por aprender.

Tengo un montón de *profes* en el cole que me ayudan con las tareas. Se llaman Ángela y Rosa. Dicen que están aquí para ayudarme a hacer las cosas bien y la verdad es que es un alivio. Durante todo el año, estaba preocupado por conseguir lo mismo que mis compañeros, pero pronto averigüé que eso no era lo importante. Cada uno tenía que averiguar su valor...

Una de mis grandes preocupaciones era ser capaz de ayudar a alguien. La *profe*, a veces, nos pedía que nos ayudásemos unos a otros y a mí casi siempre me tenían que ayudar. Pensaba que me gustaría poder ayudar a alguien alguna vez, pero creía que no era capaz.

Pablo y yo jugábamos en el patio porque no tenía muchos amigos en clase. No me hacían mucho caso porque decían que



no sabía jugar a sus juegos. Cuando me decían eso me entraban ganas de decirles:

—¿Y por qué no me explicáis cómo se juega?

Siempre había pensado que era una persona que no sabía muchas cosas y que no podría enseñar nada a nadie. Pero un día descubrí que no es así. Descubrí que, si te lo propones, que si quieres de verdad, eres capaz de hacer todo lo que te propongas. Y sobre todo, que todos somos buenos en algo y podemos ayudar a alguien en algún momento.

Bueno, ahora tenéis que estar muy atentos porque os voy a contar lo que me pasó.

El curso pasado ocurrió algo asombroso. Fue mi cumpleaños y mi madre me hizo el mejor regalo del mundo, un regalo increíble que cambió todo para siempre.

Y aquí comienza mi gran aventura...